

imperial y enteramente nacional, porque no se había intentado siquiera disimular el desprecio con que el mismo Emperador abrumaba á los militares mexicanos que á su servicio estaban. El desprecio por los soldados mexicanos era casi una obligación de los extranjeros que habían venido á México, comenzando por los príncipes. « Así sucedió en el Estado de Michoacán con algunas disposiciones dictadas por el valiente coronel D. Ramón Méndez al teniente coronel belga Van der Smissen. *Este se negó á obedecer las órdenes de aquél, devolviendo todas las comunicaciones del jefe mexicano sin haberlas siquiera leído.* El coronel D. Ramón Méndez, comandante de Michoacán podía haberle sujetado á juicio, por insubordinado, á un consejo de guerra; pero usando de moderación para evitar un conflicto, elevó su queja al general en jefe, Bazaine, y al Ministerio respectivo (1). »

El coronel Méndez y D. Tomás Mejía, eran, sin duda, los mejores jefes mexicanos que tenía Maximiliano y sin duda alguna los que mejores servicios habían prestado leal y valientemente á la causa imperial; pero el coronel Méndez obró muy mal en haber tenido moderación en un caso tan grave de indisciplina, que determinaba por sí solo demoralización y disgusto de todas las fuerzas impe-

(1) Zamacois, *Historia de México*, tomo XVIII, pág. 168.

rialistas mexicanas. Méndez debió obrar como se lo prescribía la ordenanza. Maximiliano correspondió á la moderación de Méndez con una bajeza. No quiso castigar al culpable, fijando así el precedente de que los soldados mexicanos que le servían eran despreciables al grado de no merecer la protección que les otorgaba la disciplina. En ningún gobierno civilizado hubiera quedado el teniente coronel Smissen impune. Maximiliano era indigno de la lealtad y de la sangre del más infeliz soldado mexicano con semejante comportamiento. Esta conducta no era error sino doctrina en los príncipes reinantes. La Emperatriz Carlota escribía en carta particular : « Los austriacos y los belgas son muy buenos en tiempo de calma; pero en tiempo de tempestad sólo se puede contar con los pantalones rojos (los franceses) (1). » Los infelices soldados mexicanos, que servían mal tratados y mal atendidos, parecía que no existían ó que no eran buenos ni para los días de calma. El general austriaco de Thun no tuvo reparo en dar un latigazo á los militares mexicanos sobre sus insignias. Con gran aplomo y verdad, contestando á una orden del mariscal Bazaine, le decía : « V. E. comprenderá muy bien que los oficiales y soldados salidos del ejército austriaco deben conservar la dignidad de este ejército y en conse-

(1) Niox, *l'Expédition du Mexique*, pág. 436.

cuencia jamás consentirán en ocupar la posición en que se encuentra el ejército mexicano (1). » Luego, según el general de Thun, el ejército mexicano imperialista no tenía dignidad por haber aceptado la posición humillante en que lo había colocado Maximiliano.

Los jefes imperialistas D. Ignacio de la Peza y D. Agustín Pradillo han dicho al público : « Al ejército (imperialista mexicano) á este pobre ejército tan mal conocido y peor juzgado, ¿cómo se le trató? Con el más torpe é inmerecido desprecio, al grado de verse oficiales de buena carrera, no improvisados, en la miseria más espantosa y esto en los buenos tiempos del Imperio..... El Imperio, queriendo ganarse su voluntad (de los extranjeros) admitió en el ejército aun en los grados superiores, á muchos de ellos postergando así á militares con méritos por la sola circunstancia de ser hijos del país; se hizo más : á todos los extranjeros al servicio de México se les designaban altas pagas, en términos de que mientras un capitán mexicano disfrutaba un sueldo mensual de setenta y cinco pesos, otro de la misma clase y extranjero, recibía ciento cincuenta y dos pesos (2). »

Entre los jefes y oficiales imperialistas había mu-

(1) General Thoumas, *les Français au Mexique*, pág. 296.

(2) Peza, Pradillo, Noriega, *Maximiliano y los últimos sucesos del imperio*, págs. 136 y 137.

chos valientes, pundonorosos, instruídos, de convicciones, que creían firmemente servir á su país adhiriéndose y sosteniendo la causa del trono. ¿Por qué estos jefes y oficiales no rompieron sus espadas y arrojaron sus fragmentos sobre la escalinata del trono? Algunos, muy pocos, por espíritu de sacrificio llevado hasta el martirio, convirtieron sus charreteras en cilicios y su espada en hisopo bendito de penitentes. Pero la gran mayoría sufría las más terribles humillaciones por hambre. Un individuo, antes que rebajarse hasta determinada indignidad, se suicida; una clase social jamás lo hace. El hambre de la clase media en México es su perdición; su espíritu es ilustrado, sus ambiciones sanas, su orgullo elevado, su educación refinada, sus tendencias nobles, su instrucción vasta; mas como el medio físico no le presentaba más que cuatro abrigos, los conventos, los asilos, los vicios y el gobierno, cualesquiera que fuesen sus cualidades se despojaba de todas ellas para como gusano siempre enlodado comer yerbas amargas y venenosas, crecidas en la esterilidad del presupuesto. El hambre, en realidad, fué el fundador del Imperio; debía ser también su exterminador.

*

**

El desprecio de los principios se extendía como una bruma gris y helada sobre toda la sociedad mexicana. Maximiliano convidaba á su mesa con la confianza del valor que adquieren las trufas para domesticar caracteres indomables montados sobre estómagos vacíos; convidaba también para doblegar conciencias repletándolas de vanidad. Pero era también grosero; se vengaba del disgusto de haber sido afable para seres que consideraba indignos. Ponía anotaciones en la lista de las personas á quienes se debía invitar á su mesa. En la lista de 5 de Junio de 1865, se ve escrito con lápiz y con su mano: « Basilio Arrillaga, jesuíta y cangrejo. » Al lado del nombre de D. Ezequiel Montes, que no aceptó la invitación y ni siquiera la contestó, se lee: « Demagogo farsante ». En el nombre de las demás personas hay anotaciones ridículas ú ofensivas que no ha querido copiar D. Manuel Payno (1).

« Yo sé, decía Maximiliano, cuán corrompido es el clero (2) ». Zamacois habla « de la mala disposición que había en la emperatriz contra

(1) Payno, *Gastos, rentas, acreedores, etc.*, pág. 712.

(2) D'Héricault, pág. 115.

los prelados mexicanos..... » Intervenía la emperatriz en todos los negocios y al leer (en un programa de fiesta) que asistirían el arzobispo y el venerable cabildo, tomó inmediatamente un lápiz y borró la palabra « venerable », diciendo que nada era digno de esa calificación en México y mucho menos el clero (1). »

*

**

Ciertamente el clero bajo era corrompido y lo había sido desde el siglo XVI, como tenía que ser; toda autoridad eclesiástica ó laica es corrompida en razón directa de la debilidad mental y moral de sus gobernados. El indio no tiene ideas y es un escéptico sentimental; en consecuencia sus gobernantes inmediatos tienen completo derecho á la depravación. El clero alto era, en 1863, honorable, agrio, feroz, intransigente; mas su tendencia simoníaca no se puede considerar como corrupción, porque la iglesia autoriza la simonía. La superioridad del alto clero francés sobre el alto clero mexicano consistía en la elocuencia admirable y en el uso de la invención de querer demostrar con la ciencia lo que se condena con la ciencia: la

(1) Zamacois, tomo XVII, pág. 803.

revelación. Prefiero escuchar un sermón mexicano enteramente mexicano, empleando la fe como fuente de creencias, que uno de esos brillantes baturrillos á la Frémont ó á la Lacordaire, en que se pretende probar la *resurrección de la carne* con la química, la mecánica y la balística.

El clero mexicano en 1864 era antisocial, no por ser mexicano, sino por ser clero. La intolerancia, la intransigencia, la reacción hasta la Edad Media, venían de Europa; no eran mexicanas. Precisamente en 1864 Pío IX promulgó la encíclica *Quanta cura*, en la que condena el *naturalismo* ó sea la separación de la Iglesia y el Estado; la libertad de la prensa en asuntos de moral, de religión y en determinadas teorías científicas; el dogma de la soberanía del pueblo; el *regalismo*, que afirma que el poder eclesiástico debe someterse al civil, mas el comunismo y el socialismo, y por último, la instrucción pública ó privada laica ó religiosa, cuando ésta se halla fuera de la vigilancia pastoral. A esta encíclica siguió inmediatamente el famoso *Syllabus*, conteniendo ochenta proposiciones que condenaban todo el progreso humano alcanzado desde el Renacimiento; no hay en este documento movimiento del espíritu que no esté reprobado; el hombre, según él, debe habitar en la cisterna de los Sacramentos. Pero nada de esto era mexicano; toda esa grande y ab-

surda tentativa para empujar al género humano y hacerlo caer de espaldas sobre los escombros de su pasado, era europea y el principal apoyo de Pío IX para su demente reacción se encontraba en Francia, en la gran mayoría del clero francés ultramontano; la fracción galicana liberal de ese clero estaba postergada y perseguida; la regresión clerical tenía su fuerza en Francia más bien que en Italia.

Don Francisco de P. Arrangoiz, en su carta que acompaña á su renuncia, ya citada, dice á Maximiliano : « En dichos periódicos (los gobernistas franceses) se habla con frecuencia contra los jueces mexicanos, pintándolos á todos como corrompidos... Se dice en los periódicos y cartas que he citado que no hay mexicanos honrados para las aduanas y otros empleos, que se necesitan superintendentes extranjeros para que los vigilen ».

La corrupción de los empleados aduanales era efectiva, vieja, roedora como una úlcera fagedénica. A Mr. Seward le informaba Mr. Corwin, residente en México sin carácter oficial : « Desde que la aduana de Veracruz salió del dominio francés, la corrupción ha subido á un punto del que no se

tenía idea ». Don José María Iglesias, Ministro de Juárez, llamaba la atención del país : « En el *Courrier des États Unis* (órgano de la Legación francesa en Washington), periódico intervencionista y que se publica en Nueva York, se ha asegurado que toda la administración financiera de México va á quedar en manos de la Francia, la cual enviará un ministro y todos los empleados necesarios para el movimiento de tan vasta máquina. El encargado de este anómalo ministerio será el famoso Corta, recién llegado á París de vuelta de su primera misión en México, y cuyos informes son los que han dado lugar al plan mencionado, por haber asegurado á Napoleón que nada absolutamente se puede hacer con los empleados mexicanos, á casi todos los cuales les faltan inteligencia y probidad. »

La corrupción era cierta, pero necesaria. Sin excepción, todos los autores europeos de economía política enseñan á nuestros escolares, al tratar del contrabando, que éste es el resultado indeclinable de los aranceles fuertemente protectores, y, sobre todo, prohibicionistas. Donde hay un arancel insensato, la corrupción de los empleados que lo manejan es inevitable, cualquiera que sea su nacionalidad. El arancel de México era en 1864, tal vez el más insensato del universo; la corrupción debía estar á la altura de la causa. El segundo

motivo de gran corrupción era la gran edad del partido conservador; todo partido viejo en el poder trasciende á letrinas. El tercer motivo era que había trono, príncipe, ministros, ejército francés y empleados y no había gobierno. El caos administrativo es una excelente caldera para hacer hervir la corrupción y convertirlo todo en miasma. Por último, la prensa libre es el gran moderador de los gobiernos corrompidos; Maximiliano la había entregado á las cortes marciales; el robo, el fraude, la estafa, la concusión, el peculado, tenían que ser libres como la tiranía y soberanos como el Emperador.

Pero Maximiliano, en vez de estudiar la causa de la miseria de su administración, culpaba de todo á la raza, á esa raza mexicana, para todos los extranjeros intervencionistas, inmunda y sin salvación. Maximiliano ignoraba que él era también un corrompido y que había venido á corromper. No se puede gobernar con ideas y principios opuestos y quien quiera gobernar con los principios de todos los partidos, lo que en realidad quiere es corromperlos á todos para que le entreguen su fuerza, su honor, su inteligencia, su presente y su porvenir. La política de Maximiliano era la corrupción; la semilla era el Soberano. ¿Por qué espantarse de la buena cosecha? Cuando el soberano se vuelve verdugo, no tiene otros partidarios, siempre desleales, que los corrompidos.